

Esta eres tú

Han pasado varios años desde que me miré desnuda por primera vez frente al espejo. No sigo siendo la misma y no pude evitar que se me salieran algunas lágrimas. Sintiendo pena por lo que ya no soy, llevé mis manos a la cara y agaché mi cabeza, no quería que la mujer del espejo me viera llorar. Entre sollozos me limpié las lágrimas y la vi de frente, ahí estaba ella. Me miró con compasión y así empezó este diálogo:

— ¿Por qué lloras?— me pregunta tranquilamente.

— Porque no logro encontrar brillo en mis ojos, ya no están tristes, pero siguen apagados.

— Solo tienes que verlos bien, ahí hay una chispa de luz.

— No puedo verla, por más que me esfuerzo, no lo logro — dije desesperadamente.

— Ese es el problema, te esfuerzas demasiado. Solo observa, mírate así, tal como eres, sin expectativas, sin juicios, esta eres tú.

— He cambiado, mi cuerpo ha cambiado, todo empieza a ser flácido, tengo unos kilitos de más, todos en la panza.

— No te agobies, deja de ver la superficie. Mírame bien, yo te habito, yo estoy dentro de ti. Esta eres tú, yo soy tú.

— Me confundes. Yo soy yo, no tú.

— Nos habitamos, Yasmín. Yo he estado contigo en todo momento y sé que me escuchas.

— No siempre.

— Yo no veo la flacidez de tu cuerpo, ni tus piernas delgadas, ni esos granitos

que recuerdan tu pubertad. Veo a una mujer fuerte, risueña, noble y buena amiga. Tienes un corazón sincero. Si pudieras mirarte con mis ojos podrías darte cuenta de todo lo que guardas.

— Estoy cansada, triste, abrumada, desanimada, sin rumbo. Me siento como una hoja al viento.

— Creo que deberías mirarme y escucharme con más frecuencia, tal vez así encontraríamos nuestro camino juntas. Ya es hora de dejar de ir en sentidos opuestos.

— Lo sé, tú representas todo aquello que he escondido. Lo que guardo para que los demás no lo vean y así poder encajar. Te he ocultado porque tampoco quiero que te lastimen.

— Si tú y yo estuviéramos juntas seríamos más fuertes. Tal vez nos lastimen, sin embargo vale la pena tomar el riesgo, así es la vida. Recuerda aquella canción de Jorge Drexler que dice “Tu corazón va a sanar y va a volver a quebrarse mientras le toque pulsar”.

— Eso es lo que no quiero, quebrarme nuevamente, sentirme desolada y vacía.

— Yo estoy contigo, me tienes a mí. Hemos caminado juntas, conozco tu historia. Por ejemplo, sé que esos lunares de tu barbilla empezaron a crecer hace tiempo y que no te gustan para nada. También conozco las cicatrices que dejó en tus manos la mordida de la perra que le regalaron a tu hermano. Te acompañé cuando te probaste el vestido de novia y cuando tu esposo dijo que tenías unas piernas largas y bonitas. Estuve contigo durante el tiempo en el que tu vientre creció porque albergaba vida. ¡Yo estoy aquí! ¡Me tienes a mí!

— Gracias por recordármelo.

— También sé lo que piensas y sientes y sé muy bien que te llenas de todo ese torbellino de emociones y pensamientos para no verme y escucharme.

— Sí, me duele ver mis heridas, mis equivocaciones, mis miedos.

— Todo esto forma parte de nosotros y debemos aceptarlo. Yasmín, llegó nuestro tiempo, no hay marcha atrás. Es hora de tomarnos de la mano, mirarnos frente a frente, desaprender, crecer y ser valientes. Si seguimos separadas, continuaremos hundidas en el miedo.

— No, ya no quiero eso.

— Entonces, toma mi mano.

Ella extendió el brazo y miré la palma de su mano izquierda, yo la tomé sin pensarlo y sonreímos. Ambas sabíamos que íbamos a permanecer unidas hasta el final de nuestros días. En nuestras manos se encendió una chispa que se volvió llamarada y nos fundimos en nuestro propio reflejo.